



LUCIANA PEKER

**SEXTEAME**

AMOR Y SEXO EN LA ERA DE  
LAS MUJERES DESEANTES

*Para Uma, por la fuerza que me diste desde el deseo de nacerte, por la alegría de vivirte, por el verano de las sonrisas como flores amarillas, porque escribo para que siempre cuentes los días de tu propio deseo.*

## Lenguaje libertino

Este libro intenta contener un lenguaje inclusivo y no sexista. La pretensión es no caer en estereotipos discriminatorios ni en manuales fríos o de laboratorio. La búsqueda es de una libertad dinámica que transpire cambios y pueda ser cambiada. Por eso se intercambian femeninos, masculinos, "x", "todas y todos" o barras de "ellos/ellas" en la corazonada de letras que convoquen a ser leídas y a abrir fronteras sin corsets ni reglas fijas.

## Introducción

### La sociedad del distanciamiento sexual

El distanciamiento sexual no empezó con la cuarentena ni se terminó con el fin del aislamiento. Sin embargo, mirarnos sin poder salir puso en crisis el machismo hogareño: la violencia doméstica de la inseguridad puertas adentro. Y la soledad como salvavidas de los insultos, golpes, clavadas de vistos y desprecios.

La revuelta feminista cuestiona la violencia machista y la desigualdad de tareas, sueldos y tiempo en el inequitativo reparto de género. El abuso ya no es tolerado y se combate con la palabra liberada. Pero la violencia recrudece en revancha y toma nuevas formas: la indiferencia, la humillación y el desprecio a las mujeres y diversidades deseantes.

La reacción a la revolución feminista es castigar el deseo. Por eso, el sexo, el amor y el texto (la palabra) –sexeame– son armas de esa revolución que no se disciplina aunque quede encerrada. Por eso, el feminismo deseante promete encuentros y escribe su propia novela erótica mientras se conecta para no perder el latido que implica seguir viviendo.

El confinamiento obligatorio de más de la mitad del planeta a causa del Coronavirus mostró que los hogares –azotados o desolados– son una muestra de la violencia o de la soledad a quienes no dejaron de salir a las calles para protestar o pelear por un mundo más justo. El aislamiento nos presenta frente al desafío de revalorizar el amor y el hogar sin un formato conservador, sino de cooperación, calor y compañerismo.

El erotismo fugaz dejó desoladas a tantas y a tantos sin otras manos y cuerpos para compartir el desamparo multiplicado de la mitad de la población mundial encerrada en su propia inconveniencia por miedo a la convivencia.

¿Qué vimos cuando no nos vimos? La sobredosis de soledades, desacuerdos, deslealtades y desidias. La falta de amor no es una excepción, sino el marco de un mundo en el que amar

es tan fácil que se volvió difícil, es tan alta la vara que nadie se agacha, son tantas las posibilidades que todas son descartadas. Y es tan simple tocarse que se desintegró el esfuerezo por llegar a encontrarse.

El desafío es que no se fuerce ningún amor a la fuerza, pero sí que el esfuerzo sea tan simple como transpirar después de saltar a la soga o de comer ñoquis y quedarse quitando la harina de la mesa. Porque llegar a la cocción justa necesita de ganas y la sobremesa (como la sobrecama) una postal que no puede anularse para que no seamos pacman sexuales, sino cortesanas de nuestras fantasías.

El placer no es un sorbo insaciable de satisfacción, sino una construcción que no puede devorarse tan rápido como un combo de comida rápida. El fast food baja sus acciones en cuarentena y gana el pan –aun con la semilla del retroceso– poniendo su postal ancestral, como imán y como un lingote de ajos para el espanto. El pan no tiene que ser igual a lo que nos enseñaron, a la normalidad que ya no se quiere, sino que puede ser una receta nueva. Pero la necesidad de más sogas queda a la vista cuando ya no nos podemos esconder de tanto salir y el adentro nos encierra con el engaño de tener mucho y no tener nada.

¿Por qué el sexting le ganó al sexo y el texto al cuerpo?

En una historia que nunca antes estuvo escrita (no poder salirnos ni entrarnos) escribirnos es sino la forma de estar vivos frente a la amenaza de la muerte en medio de un encierro global que quitó lo que estaba a la mano –conocerse– y nos volvió desconocidos de nuestro propio hambre.

Fuimos más mansos de lo que creímos, menos blindados de lo que suponíamos, mucho menos autosuficientes de lo que nos proclamábamos. Y esa barrera despertó –tal vez como un Aleluya más fuerte que el amén que no derramó ni caridad ni fe desde las Iglesias más preocupadas en reprimirnos que en redimirnos– el encuentro con una voracidad gloriosamente subversiva. Un empujón a que el deseo deje de ser mecánico y vuelva a ser una rebelión a salir sin permiso de circulación. Este libro se llama *Sexteame* después de pensar en decirlo de forma más tajante: *Cogeme*. Así se escribe un libro y un chat hot en el que tenés ganas de dejar las inhibiciones y entregarte. Con dudas. Con miedos. Con pulsión de pedir y de dar. De

dar y pedir. De no medir y de confiar. No es una demanda, no es una súplica, no es una humillación, no es una forma de dominación. Es decisión: escribir como una pancarta de deseo.

Una noche del final del verano, quien diría que del final de la libertad, en Montevideo, me llegó una amenaza al teléfono. Defender a víctimas de abuso sexual deja atenta a los pasos que traen pesadillas antes de llegar.

El sexo puede ser un arma contra nuestras palabras. Por eso nombrarlo es tan o más liberador que ejercerlo. No se trata de lo que se hace, sino de lo que se desea. Escribir es tan liberador como provocador.

El río moja aunque no se llegue ni a la punta de los pies. En la mañana de café, dulce de leche y frutas, el filósofo Darío Sztajnszrajber me dijo que no hiciera lo que no quisiera temer y me dijo más cosas de las que dijo con risas, con preguntas y con cuidados a punta de chocolate rojo y castañas endulzadas en una vista que ahora parece recortada apenas por recuerdos de barcos que no amarran ni esperan.

Darío dijo escuchando que es un verbo perdido y que decodifica el erotismo del interés de saber esperar para poder llegar. De ir más rápido de lo que podés, de ir más lento de lo que el otro se apura. De caminar sin que el ritmo te olvide y sin la comodidad de no responder a las propias piernas, sino a las piernas que sincronizan sus pasos, siempre cediendo, siempre aprendiendo, siempre llegando más lejos de lo que llegarían.

La escucha y el río tal vez están flotando como el mundo, mientras todavía no se llega, mientras no se va, mientras nos quedamos en medio de un mar sin rumbo pero con más sed de amor que antes de zarpar.

El amor no es saber, sino reírse. Y tener miedo. Tener miedo pero nadar igual. Igual pero distintas. A la noche en el pañuelazo del 18 F –para pedir por el aborto legal seguro y gratuito– cuando contábamos los días y nos contábamos a nosotras entre la multitud que es una fiera que nos mantiene vivas empecé a deletrear *Sexteame*. Tan literal como la fuerza de ser nuestras propias musas y nuestras propias protagonistas de una historia que no nos contaron sino que escribimos, con nuestras manos alzadas y arriba.

En una provocación a ser escrita y tan deseada como cogida. Pero, a la vez, por sus vocablos sueltos como en un tipeo, porque están juntas las formas que separadas dicen sexo, texto y amor. Y a veces pueden ir sueltas, pero lo mejor es cuando se suman.

*Sexteame* nació entre el río y la marcha, entre el miedo y las ganas, entre lengua que arde cuando la boca acaba y el libro que empieza cuando se escribe para que alguien venga. *Sexteame* nació de quitarme puñales de venganza por escribir y duelos por amar. Porque ni escribir, ni coger, ni amar son postales que se envían sin precio para las que no nacimos con la potestad de salir. Y no pedimos permiso para entrar.

No es la primera vez que estamos encerradas las que fuimos brujas, niñas, costureras, tejedoras, obreras, cocineras, nietas, novias y madres en puerperio. Sabemos levantarnos en la noche y no vestarnos antes de desnudarnos para dar la leche del cuerpo y el tiempo de nuestra existencia, no es la primera vez que cerramos la puerta para abrirnos y que entregamos la calle como una forma de cuidados que nos amansa y nos enfurece. No es la primera vez que tenemos miedo y que deseamos más tenerlo que volvernos engranajes que no necesitan respiro. El encierro nos volvió devoradoras de nuestra propia libertad y rebeldes hasta en la intimidad que hace del agua un recreo.

No molesta el sexo, sino las ganas; no molesta contestar, sino empezar; no molesta abrirnos, sino estar abiertas; no molesta el olvido, sino el amor como un recuerdo indeleble; no molesta que seamos valientes, sino que lo seamos después de temer; no molesta que nos acobardemos, sino que temblemos y nos volvamos a levantar; no molesta el call center de orgasmos aduaneros, sino que seamos una llamarada que nadie puede apagar.

*Sexteame* nació entre estas páginas y antes, mucho antes, de que se volviera una forma de sexualidad bajo prescripción médica o boletín oficial para que el sexo no interrumpa el distanciamiento social. Se escribió pre distancia en las filas de la ciudadanía higiénica y el sexo nacido para descartar.

El shock del encierro va a decantar la diferencia entre vengadores y cobardes. Tal vez sea hora de animarse. Y de dejar

la soberbia para tiempos en los que el tiempo no nos obligue a ser domadores de un circo sin gladiadores.

El amor está en decadencia en una sociedad más viva en Instagram que en sus existencias y más visitada en sus balcones que en sus cuerpos cerrados. La cultura del miedo generó barbijos impalpables que escupieron guarradas de trasnoche y se taparon la boca para procastinar los labios.

No empezó en Wuhan, no terminó por decreto. Desnudó una sexualidad performática y atrapada en su pose que se desespera más por correr que por encontrarse. La afectividad runner es una meta sin llegada. El impacto del Coronavirus en 2020 se expresó en paro del sexo, impotencia capital, tráfico animal, deforestación sin atenuantes y la prioridad de la higiene –con la náusea del asco entre las manos– al contacto humano.

Las épocas reflejan sus propios fantasmas y sus propias arcadas. Y eso no implica sacarle el cuerpo a la prevención, ni exaltar los efectos colaterales del virus del aislamiento.

No podemos dejar de ver lo que implica dejar de vernos.

No besarse. No salir. No darse la mano. No juntarse. No reírse. No escucharse. No tocarse. No palparse. No jadearse. No conocerse. No reconocerse. No encontrarse. No amontonarse. No sentirse. No amucharse. No entrarse.

“Si no me tocan, siento que me vuelo”, afirma la cantante Loli Molina. “Es como si flotara, la gravedad no aplica”, grafica. Por eso, perder el ancla, la afectividad, la conexión es parte del proceso de aislamiento más fuerte y constante del siglo XXI.

En contra de las consignas feministas de avanzar en el espacio público la cuarentena implicó un paso atrás y, ni siquiera, la meta del cuarto propio, ante la pérdida de la calle imprompta. Casi una abducción al mundo doméstico como una vuelta atrás a un mundo/discurso único.

Las caricias son una forma de plantarse en las pieles que no respiran en su propia autonomía, sino que sueñan, jadean y caminan a partir del contacto.

¿Y si volamos?

¿Y si hacemos raíz?

¿Y si construimos hogares que no sometan, sino que den cobijo?



La patria ya no es el otro, sino la frontera cerrada al posible contagiante. Los vuelos paralizados por los termómetros como las nuevas bombas sin scanners. Un juego de la silla en el que cada cual pone el culo a donde le toca sin poder labrar otra suerte que la marcada entre su raya.

Y justo cuando gritábamos que el patriarcado se va a caer resurgió la revalorización del padre protector, la vuelta al protagonismo masculino y la bajada de agenda de las demandas de aborto legal y lucha contra la violencia machista. Siempre que la situación aparece como urgente las demandas de las mujeres y las diversidades sexuales parecen postergables.

Se dejó de contar la participación feminizada en programas y paneles porque cuando hay distanciamiento social –oh casualidad– no hay espacio en el que entremos. Nos preguntamos por el futuro, pero lo que aparece es el riesgo de pasado.

Somos pacientes, en vez de ciudadanas. Somos sospechosos, en vez de amantes. Somos quedados, en vez de nómades. Somos aislados, en vez de viajeros. Somos sedentarias, en vez de caminadoras. Somos miedosos, en vez de valientes. Somos confinadas, en vez de confiadas. Somos expulsivos, en vez de inclusivas. Somos egoístas, en vez de enamorados.

En la patria del miedo el amor es resistencia.

El amor tiene que reinventarse. Sin la apología a inmolarse, sin el riesgo como virtud, sin el encierro como estrategia, sin la irracionalidad como un castigo divino para volver a las pestes sin vacunas.

En los ochenta, cuando surgió el vih (en 1983 se nombró, por primera vez, en la revista *Science*), la moral hablaba de sexo seguro para encarcelar los polvos en cuerpos blindados y la transgresión arengaba que evadir el latex era subversivo, incluso, frente a las coordenadas que pedían penetración con protección.

“No siento nada”, “No se me para”, “Un poquito”, “Quién te creés que soy”, son frases que cortaban toda erotización, ya con las piernas abiertas y el forro en disputa entre las sábanas calientes y la dificultad de plantarse mojadas ante la plegaria masculina a no cuidar ni cuidarse.

Las que hemos luchado por jadear sin riesgos (cuando queramos y como queremos) y queriendo nuestros cuerpos sin li-

brar batallas de riesgo no vamos a proponer ningún paredón por amor a exponernos.

No caemos en los mismos prejuicios, ni en las mimas fantasías. No ofrendamos saliva como quien riega la posibilidad de contagiar lo inhallable y no esquivamos el naufragio de una sociedad en donde la cuarentena agotó en la individualidad la cooperación mutua.

Pero sí batallamos con la palabra como grito sin llaves a las preguntas:

¿Cómo conocerse en épocas de descarte, de sexo carilina, de masturbaciones por pantalla, de exceso de oferta y de rechazo a la demanda?

¿Cómo aislarse si ya la soledad asfixia por falta de sopas y mimos, por desabastecimiento de caricias y por la demonización de las debilidades y el aprovechamiento de las fortalezas?

¿Cómo cuidarse en momentos de descuido?

¿Cómo alcanzar agua si la sed no alcanza para que el desierto no sea un espejismo?

¿Cómo pedir en un tiempo donde la necesidad es una debilidad mal vista y ahora hay visa para salir de la cama?

La cuarentena evitó el peligro de multiplicar una enfermedad. No se niega la muerte por no creer en las formas de evitarla. No se esquivo el desamor por proclamar el pegoteo como una transpiración con maridaje mixto.

Para volver al hogar no hay que confiar en la dulzura bajo cuatro llaves que proclama "hogar dulce hogar" y "del trabajo al hogar" , ni en la diversión como un plan que siempre está afuera.

El amor también puede volver a tejerse como un reposo que no aisle, sino que nos ponga a prueba. Para que el amor no sea lo que niegue el miedo, sino espejarnos en donde la fragilidad nos puede reconocer más desnudos que en las nudes prefabricadas de Whatsapp.

Y viralizar la necesidad de encontrarnos.

## La cuarentena en la que el touch and go se volvió vintage

En el aislamiento sexual obligatorio tocarse se volvió una excentricidad, el touch and go se imaginó con nostalgia, el tiempo se lentificó y las distancias –en un mundo tan conectado que los virus no tardaron ni quince días en instalarse globalmente– más largas, tan infinitas entre continentes como entre la vereda y el dormitorio.

Se puede soñar con rearmar hogares sin huirse de la convivencia como satanás o consolidarse independientes para no recibir reclamos y soportar demandas abrumadoras. Se puede querer a alguien y ser querida sin jugar a las adivinanzas de los emoticones y dejar de tirar mensajes de onda como si fuera un juego de truco sin las cartas en la mano.

Se puede entender que es ella o él la persona que se extraña. Se puede querer retomar la libertad de un mundo sin confinamiento sexual para disfrutar de todo lo que, de un momento a otro, se puede perder. Y se puede llorar como un modo de duelo a lo que duele y de bienvenida a lo que, todavía, estamos a tiempo de construir o reconstruir.

El impacto emocional del Coronavirus va más allá del doloroso saldo sanitario. El mundo no va a ser igual ni en lo político, ni en lo social, ni en lo erótico después de la pena de prisión preventiva justificada y masiva.

El peligro ya no es que un Presidente toque un botón rojo, sino que otro nos toque a nosotrxs. No hay un malo porque todos son presuntamente malos. La otra, el otro, le otre aparece como un peligro y como una necesidad en donde la interacción es un valor que corre riesgo de quedarse fuera de stock.

Los lazos se van a transformar. Y ojalá no se rompan (todavía) más, sino que se pongan más fuertes.

Los pronósticos fallan. No lloves el paraguas porque te lo diga la televisión. Pero vivir el hoy es un lema que queda en el pasado ni bien termina de escribirse o parece un camaleón para la adaptación ante la debacle. Porque lo peor no es la tragedia, sino la falta de alternativas ante el drama.

El mundo no se frenó por una conspiración, pero tampoco por casualidad. No respondió de modo azaroso, sino con sus propios resortes de egoísmo –apenas amortiguados por los Estados más presentes– ante una pandemia que revela el individualismo de un mundo hiper conectado y de un continente

dependiente de quienes no les importa desconectar el respirador artificial o quitarlo para otra camilla más pudiente.

La perspectiva es que los culpables queden entronizados y que los errores se exacerbén. Que los perdedores ganen por el miedo social a sus propios errores. Y por la falta de competencia –no digan que Adán tenía expertise– para poder elegir otra hoja de camino. Los CEO de las democracias modernas no son los ganadores, pero no tienen con quienes ser reemplazados.

Elegir va a ser, cada vez más, una sofisticación tan manipulable con la predicción de gustos por IG y la tecnocracia en lista plasma. No vamos a un mundo mejor, sino con más herramientas de control de datos, ciberpatrullaje de humor social, caricias significativas, represión social, desempleo como forma fáctica de flexibilización laboral y decreto de necesidad y urgencia para callar los brotes verdes de demandas anti modelo: los feminismos y ambientalismos (vivos aunque coleando) ante tanto escepticismo.

El camino político y económico no trae esperanzas. Pero esa es la fortaleza del movimiento feminista: sacar del desencanto a quienes se sienten carne de su propia rebeldía. No quedarnos secas, sino mojarnos de ganas y explotar de rabia.

El amor esquivo, el sexo maquillaje (que queda corrido en el medio de la noche), la erotización papel higiénico (priorizar el culo propio al placer mutuo), la fuga permanente de cualquier compromiso son signos pre Coronavirus. Este libro los cuenta y se inscribe en un contexto de encierro forzado y soledad multiplicada.

La intimidad es política. Pero no puede ser una intimidad reprimida, ni una política acabada. Si no alcanza con nuestras voluntades para levantar martillos que rompan la caja de cristal en donde el capitalismo hizo una vidriera de su tumba –porque si algo sabe es enajenar incluso el duelo sin despedidas y los cementerios sin lágrimas– podemos romper el chanchito de la avaricia afectiva y generar nuevos modos de amor, sexo, amistad y familias.

El mundo post pandemia nos puso sobre las cuerdas de nuestras propias miserias. El cuestionamiento de los feminismos a la violencia machista, la heterosexualidad obligatoria, los abusos sexuales, la discriminación económica y la desigual-

dad en las tareas de cuidado no admite una continuidad histórica con los modos de cuidar y amar que nos ponen en el lugar de criadas de nuestras propias existencias.

Pero el derrumbe de los mercados depredadores tampoco hace viable un mundo en donde gana más quien menos comparte.

El desafío es construir un futuro que no implique un retroceso, amar sin ser forzadas, legitimar la fragilidad, aminorar el dolor y apostar a la revalorización del cuidado.

Ya no hay –ni habrá– una cajita feliz de identidades, deseos y valores sexuales. Salgamos de las camas como una forma sedada de internación ambulatoria. No seamos enfermos crónicos, sino enamoradas de cruzar las miradas.

No importa tanto si consumimos una pajita con un trago o nos disfrutamos con una paja en el mientras tanto, pero la apuesta al sexo, al texto y al te amo (Sexteame) es la acalorada y urgente proclama de un mundo en donde el feminismo deseante no es una descarga, sino un modo relevante de volver a rebelarnos.

Para encontrarnos sin ser obedientes.

Para disfrutarnos sin conformarnos.

Para cuidarnos sin postergarnos.

Para pensar en el futuro más allá de la ventana del presente.

Sexo & amor & textos.

# Capítulo 1

## Cogeme

–Cogeme.

*Es un susurro en el oído, una declamación de lo que ya sucede, un pedido de sexo des-generado de biotipos, un fluir entre lo que se desea y lo que el deseo ya hace con nombrarlo, es montarse a la palabra con el poder del goce, es ser subida por el/le que pide dejarse, es extenderse en el cuerpo del otro más allá del cuerpo porque el otro es la patria y cruzar la frontera es no dejar de ser una.*

–Sexteame.

*Es acabarse sin tocarse, como la consagración de la poesía.*

–Te amé.

*Es un piquete a los rodeos que no llevan a nada y aparecen como un fantasma que calienta en invierno sin dejar que el sol moje las palmas de las manos, es la ola que revuelca y extiende el horizonte ante el galope de alzadas sin marea baja (ni calma), es tomar la palabra y dejarse ser tomada, es decidir querer y no solo ser querida, es ser querida porque se quiere y no solo porque se decide, es rogar sin entregarse y es (azarosa y decididamente) descoserse al ruedo.*

–Sexteame.

*Es un texto que se envía aunque sea inconveniente y no tenga el visto bueno, es desclavar el visto sin que se consuma en santo matrimonio ni polvo intanstáneo, es rajar de ahí donde no te esperan y quedarse con la/el que se banca más que coger, ser cogida.*

–Sex.

*Es volver mejores/mujeres al poder de donde nos hemos ido para que pueda convertirse en garche-planero no importa si a corto o a largo plazo; que haya un ring para la reina de la beneficencia sin méritos a los ojos de quienes ven el sexo como una performance de rendimiento deportivo porque la*

*contradicción permanente es demandar lo que quita el aire en su propia intemperie.*

*–Cogeme.*

*Es una orden para que dejen de dar miedo el deseo y el poder de las que desean también llamarse él o ella o elle, o nombrarse dominatrix para dejar de ser dominadas; señoras que ordenan y no solo placares para descartar todo lo que sobra, sino porque la reforma espera sembrando todo lo que falta. Damas de autoridad –y no de la caridad ajena y el regodeo del descarte– ante las formas del deseo que tienen las curvas de las rutas latinoamericanas, mutiladas por su propio oro, regadas de polvo rojo y sombra verde, sexo puro entre la selva siempre rebelde.*

*–Sexteame.*

*Es aceptar el mando del cuerpo propio y del glitter colectivo, en la intimidad rebelada, a ser deseantes y no última en la lista de espera. Es desbiologizar los aullidos, es desmontar las marcas y atravesar las bardas montadas al desmonte, replantadas de sed y saliva y aventurar el tacto. Es invocar a las quemadas para que ardan en la historia y destraben la castidad como guarida de defensa. Es desalinear la proscripción política de ser candidatas a las listas sábanas.*

*–Cogeme.*

*Es demandar sin demonizar la demanda, desear sin esclavizar el deseo al capricho; es proponer sin imponer e irrumpir con la propuesta, sin que las ideas sean robadas por el que la tiene más larga o pone la voz más gruesa; es adobar en pimienta el fuego que no se concreta, pero que llama a la llamada cuando se invita a venir o a volver a la fiesta con la que se acuesta a la noche, aunque a la noche solo los ojos se cierran esperando abrir las piernas.*

*–Sexteame.*

*Es jadear entre una jauría de huellas digitales que no pueden descifrarse en códigos QR, que escapan del sexo programado o lo buscan; es el guiño risueño de la sorpresa o el plan en el que la piñata destripa caramelos. Es bailar sabiendo que hay una mano que gira y una espalda que mira el ladrido en el que se baja para subir y se lame, como si la ropa no fuera más que el prelude de la coreografía animal en la que tiembla la tierra.*